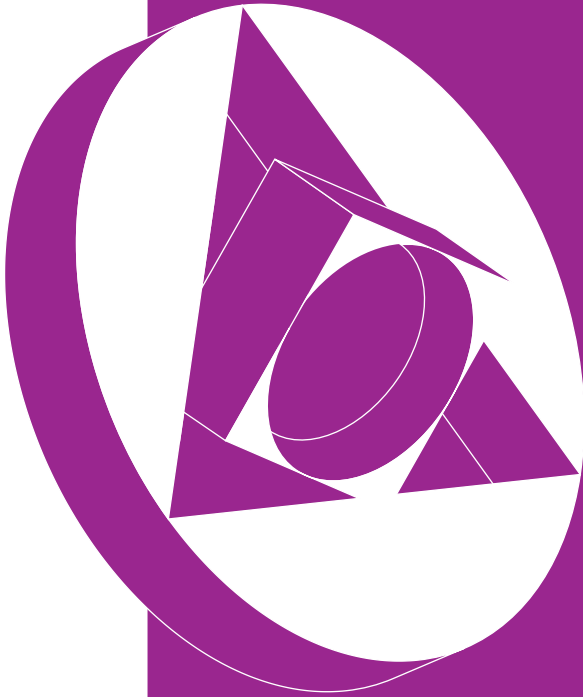


ERIK DAVIS

TECGNOSIS

---

Mito, magia y misticismo  
en la era de la información



TECGNOSIS

---

Mito, magia y misticismo  
en la era de la información

Davis, Erik  
TecGnosis: mito, magia y misticismo  
en la era de la información  
1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Caja Negra, 2023.  
512 p.; 20 x 14 cm. - (Futuros Próximos, 52)

ISBN 978-987-8272-05-4

1. Tecnologías. 2. Magia. 3. Misticismo. I. Gonnet,  
Maximiliano, trad. II. Título.  
CDD 306.46

Título original: *TechGnosis. Myth, Magic, and Mysticism  
in the Age of Information*  
(North Atlantic Books)

© Erik Davis, 2015  
© Caja Negra Editora, 2023

## Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina  
info@cajanegraeditora.com.ar  
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:  
Diego Esteras / Ezequiel Fanego  
Producción: Malena Rey  
Coordinación: Sofía Stel  
Diseño de Colección: Consuelo Parga  
Diseño de tapa: Emmanuel Prado  
Maquetación: Sabrina Simia  
Corrección: Juliana Martínez Dios

ERIK DAVIS

TECGNOSIS

---

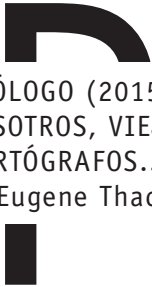
Mito, magia y misticismo  
en la era de la información

Traducción / Maximiliano Gonnet  
Prólogo / Eugene Thacker

CAJA 03  
NEGRA  
FUTUROS  
PRÓXIMOS

## ÍNDICE

<u>11</u>	Prólogo (2015). "Nosotros, viejos cartógrafos...", por Eugene Thacker
<u>17</u>	Nota al lector
<u>19</u>	Introducción (1998). Cables cruzados
<u>33</u>	1. Tecnologías de la imaginación
<u>79</u>	2. El fuego alquímico
<u>137</u>	3. El infonauta gnóstico
<u>177</u>	4. El cyborg espiritual
<u>231</u>	5. Una máquina fascinante
<u>271</u>	6. Ciberespacio: la artesanía virtual
<u>325</u>	7. La llamada alienígena
<u>367</u>	8. Apocalipsis de información
<u>419</u>	9. Tercera mente desde el sol
<u>463</u>	10. La ruta es una red
<u>491</u>	Epílogo
<u>507</u>	Agradecimientos



PRÓLOGO (2015).  
“NOSOTROS, VIEJOS  
CARTÓGRAFOS...”  
Por Eugene Thacker

En 1901, William James –eminente psicólogo, filósofo y pragmatista– impartió una serie de conferencias en la Universidad de Edimburgo. James había sido invitado a dar las conferencias unos años antes, pero no se había decidido sobre el tema que trataría hasta que pasó unos días de descanso en los Adirondacks, alrededor de 1898. Luego de haber luchado con intermitentes problemas de salud durante años, tenía la esperanza de que el retiro sirviera como una suerte de convalecencia. En lugar de ello, durante una excursión experimentó un colapso físico total y, en sus propias palabras, “lo que debería haber sido una ‘caminata’ se terminó convirtiendo en un enredo de trece horas sin comida y con ansiedad”. Solo, perdido y dolorido, James –al parecer afectado por lo vivido– comenzó a trabajar durante su recuperación en estas conferencias, que apuntarían a proporcionar un balance de la “experiencia religiosa” en el mundo moderno.

Sin adoptar la postura del creyente ni la del escéptico –o adoptando ambas a la vez–, estableció que nada

estaría vedado en su investigación. Cualquier cosa estaría bajo su mirada, ortodoxa o heterodoxa: desde el misticismo cristiano medieval hasta las sesiones espiritistas modernas, desde las prácticas ascéticas hinduistas hasta los diagnósticos de depresión en la psiquiatría clínica. James estudió el caso del uso de drogas entre poetas y artistas; el reservado y profesoral pragmatista incluso experimentó con óxido nitroso. Las conferencias serían publicadas más tarde como *Las variedades de la experiencia religiosa*, un libro erudito que a la vez apuntaba a un público amplio, más allá de los estrechos confines de la especialización académica. Era claro que, para James, lo que él llamaba “el impulso religioso” no estaba restringido únicamente a la religión. En el mundo modernista, industrial y clínico de principios del siglo XX, en el contexto angloamericano, el impulso religioso estaba lejos de haber desaparecido. De hecho, sus conferencias sugerían lo contrario.

Menciono el clásico libro de James porque la intuición de su estudio sigue reverberando hasta nuestros días. Ciertamente, *Las variedades* tiene sus limitaciones, tal como los expertos contemporáneos están más que impacientes por señalar. Pero la idea de un estudio de la religión sin religión es algo que probablemente se necesite hoy más que nunca: mientras nos enfrentamos de manera constante a la posibilidad bien real del agotamiento de los recursos y a los efectos del cambio climático, los supuestos medios de comunicación refuerzan el olvido de los desafíos geopolíticos. Por un lado, existe una floreciente industria en torno al yoga, la autoayuda y el turismo espiritual, en tanto que, por el otro, las religiones tradicionales parecen estar polarizadas entre fanatismos de todo tipo y banalidades consumistas e insípidas como las de “Yo soy espiritual, pero no religioso”. Los constantes y manidos debates entre la ciencia de un lado y la religión del otro solo enturbian aún más las aguas.

Los años noventa, la década del milenio, seguramente sean recordados como la década de la ciencia ficción. Así

como los últimos decenios del siglo XIX lucharon con el ascenso de la ciencia y la “muerte de Dios”, también nuestro propio *fin de siècle* –o, más bien, fin de milenio– luchó con el desarrollo acelerado de las tecnologías informáticas y de la información, que parecían estar reestructurando futurísticamente el planeta como una red y la carne como datos. Cuanta más información producíamos acerca del mundo, tanto más extraño este se volvía. Literalmente cada cuerpo –se nos decía– era un cyborg, y todo un bestiario de robots de software, agentes inteligentes y códigos virales nos hizo conscientes de la interconectividad a un nivel ecológico totalmente nuevo. Había visiones utópicas de comunidades virtuales, regiones encubiertas de fibra oscura y evocaciones vagamente ilegales de una frontera electrónica, sin duda un subproducto de una división digital y un frenesí del “punto-com” que producía barriadas con antenas parabólicas digitales. Todo podía ser y sería codificado, recodificado y decodificado, hasta los más ínfimos detalles de nuestro ADN y los contornos cosmológicos de los agujeros de gusano del espacio profundo. Y en casa, en nuestras ballardianas ciudades del futuro próximo, nuestras pantallas mediáticas mutaban ante nuestros ojos, a medida que los medios digitales remediaban a la TV, la TV se convertía en realidad y la realidad era virtual, y eso estaba bien porque, en todo caso, la realidad no era más que un simulacro. Si el futuro posthumano parecía tan cercano, tan tecnológico, tan secular, ello se debía a que era producido por los mismos medios que habrían de ser los heraldos de una singularidad mesiánica, de una convergencia de todas las cosas en una única y borgesiana base de datos.

En situaciones como esta, lo que se necesita son personas que puedan volverse más extrañas que el extraño mundo que hemos producido. Lo que se necesita son etnógrafos alienígenas, individuos que, sin meramente reafirmar o denunciar, documenten el misterioso valle que



conocemos como cultura humana. Quizá, frente al shock de lo nuevo, de lo que se necesita es de “nosotros, viejos cartógrafos...”.

*TecGnosis* de Erik Davis irrumpió en este escenario en 1998. Formaba parte de un puñado de libros de la década del noventa que asumían el desafío de James en la era posmoderna, posthumana, post-todo (pienso también en *Identidad terminal* de Scott Bukatman y en *Velocidad de escape* de Mark Dery). Pero la singularidad del libro de Davis radica en que se rehúsa a ver el desarrollo de las nuevas tecnologías como un fenómeno puramente secular. El “impulso religioso” puede aflorar en los lugares más inesperados. Así pues, nada está vedado en *TecGnosis*: la investigación con LSD, la historia de la cibernética, los antiguos alienígenas, los tanques de aislamiento sensorial, Philip K. Dick, la ingeniería genética, la revista *Mondo 2000*, los cultos religiosos, Gaia, los virus informáticos, el electromagnetismo del siglo XIX, el ciberpunk, la cienciaología, el antiguo Egipto, la magia renacentista, G.I. Gurdjieff, las raves, Marshall McLuhan, el tecnopaganismo, Pierre Teilhard de Chardin, el maniqueísmo, la realidad virtual y el *Corpus Hermeticum*. Si algo es *TecGnosis* es el compendio de un abrumador pero relevante período de la cultura digital.

Pero, al mismo tiempo, hay un método en esta locura ciber-gnóstica. Como Davis deja en claro en el primer capítulo, el objetivo no es ni regodearse entusiastamente en las nuevas tendencias ni echar por tierra la tecnocultura en su conjunto. *TecGnosis* es más bien, en sus propias palabras, el rastreo de “una historia secreta de los impulsos místicos”. En su estudio de la religión sin religión, busca las torsiones y los virajes de este impulso, donde sea que lo lleven. Debo confesar que no tengo la paciencia de Davis para los rincones más inanes, desconcertantes y trillados de la cultura popular. Pero, en cierto sentido, eso no es lo importante. Como un etnógrafo alienígena, su interés principal es rastrear el impulso religioso, sin importar

cuán sorprendentes sean los contextos en los que aflora. Si hay un hilo conductor en *TecGnosis*, este reside en la paciente exploración que el autor hace de este impulso en su camino hacia el nuevo milenio.

Al mirar hacia atrás, casi veinte años después, muchas de las conexiones que Davis establece se han vuelto la moneda corriente de los estudios de medios y los estudios culturales contemporáneos, por no hablar del estudio de la religión. Fue durante la larga década de los noventa, en el preciso momento en que todo parecía absolutamente tecnológico, que todo estaba también saturado de las ideas, el lenguaje y la iconografía de la religión –la tecnología en especial–. Davis lleva más lejos esta tesis, y nos sugiere no solo que la década fue la expresión de este tecnomisticismo sino, además, que la historia de la tecnología –desde los jeroglíficos hasta el código informático– es en sí misma indisociable de los intercambios a menudo ambiguos con algo no-humano, algo de otro mundo, algo divino. La tecnología, al parecer, es la religión por otros medios, tanto en ese entonces como ahora.